

Poesía: Entre El Cielo y La Tierra

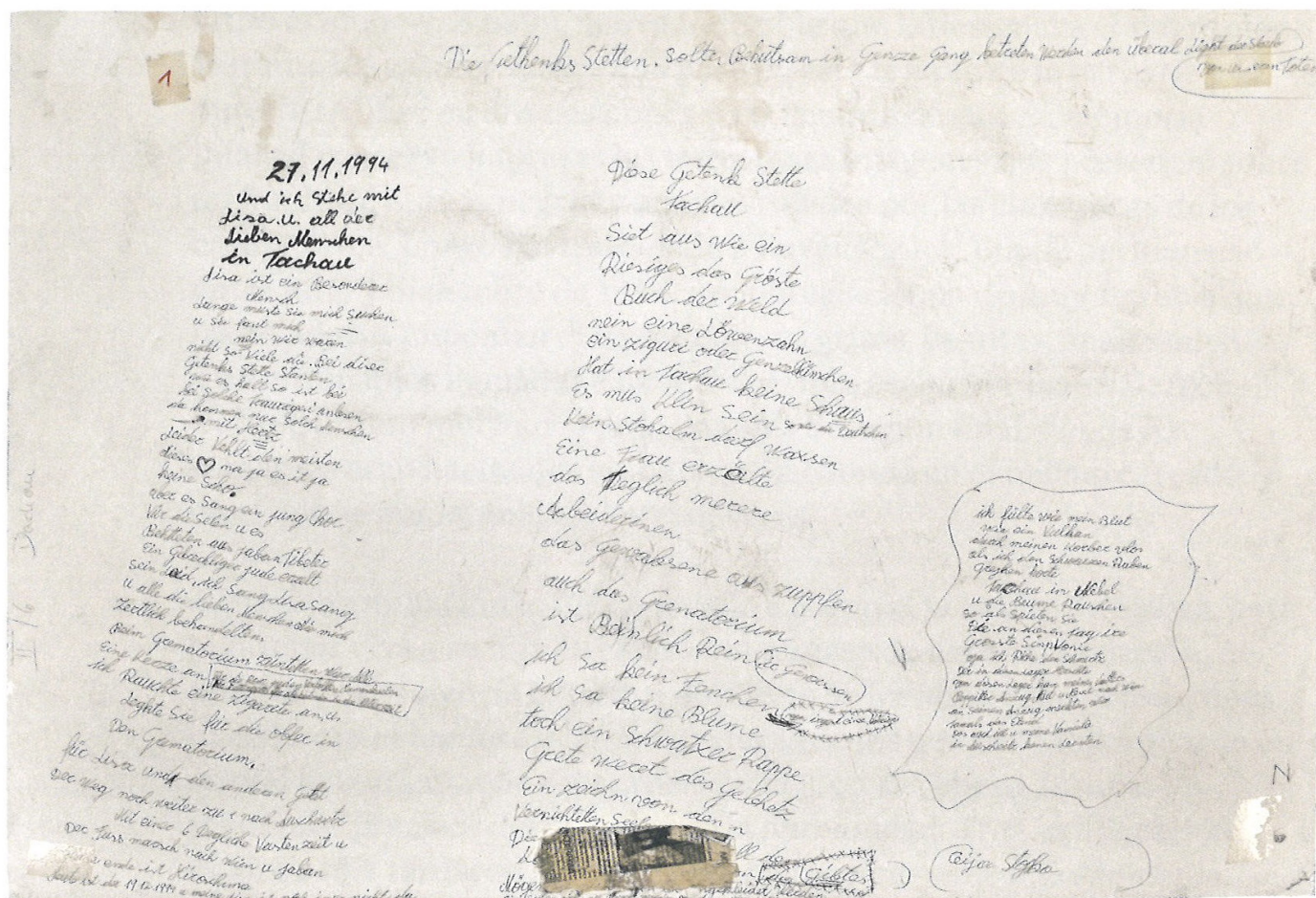
Ismael Cortés



La primera vez que leí el conjunto de manuscritos que componen el poemario inédito de Juan Luís Aguilera (Santa Fe, 1928 – Buenos Aires, 2003) quedé profundamente impresionado. Poeta argentino-romaní, orfebre de complejas metáforas que combinan elementos orgánicos y conceptuales, su estilo nos transporta a un plano trascendente en el que intersectan líneas de fuerza psicodinámicas, histórico-civilizatorias y cosmogónicas. El magistral uso de fórmulas significantes que condensan tanto el arrojo de la existencia humana, en su dimensión material, como el esfuerzo por configurar planos trascendentales de sentido, en el orden metafísico, sitúa a la poesía de Juan Luís en la estela de poetas como Hölderlin o Tagore: en la senda de quienes cuidaron por hacer del lenguaje poético un canal de comunicación entre el cielo y la tierra, entre lo temporal y lo eterno, entre la humanidad y los dioses.

Juan Luís fue pionero en abrir el camino hacia una transición progresiva de la oralidad a la escritura, dentro de la cultura y el pensamiento romaní. Periodista de profesión, su existencia estuvo atravesada por el pathos poético que afecta a quienes sobrevuelan las coordenadas terrenales para otear el Parnaso. Como el legado de tantos emisarios de Hermes, los himnos de Juan Luís nos llegan de manera póstuma.

En este número especial, los Cuadernos Gitanos dan cabida en sus páginas a una pequeña muestra de la obra de un poeta gitanamente cosmopolita; que le canta al tiempo inmemorial, al eterno retorno de los ciclos naturales y al maná que alimenta el ser de la humanidad transmutando las almas y los cuerpos en palabras que nos sostienen.



Manuscrito de Ceija Stojka (1994), Exposición *Esto ha pasado*. Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. Catálogo (2019).

CONDICIÓN DE SER

Vehemencias de semillas
y milagros de lluvias
resolvieron en surcos
su condición de trigo.

Inaugurando
en antiguas religiones
bautismales ritos.

Fueron también densidad
de uvas maduras.
Expectativas de añejados vinos
conformando universales templos.
Cíclicas redenciones
en espaciados hitos.

Nutrientes sin voces.
Traspasaron de alma en alma
su alimento convertido.

Abriendo caminos
en sucesivos ciclos:
partos dolorosos,
nostalgias,
recuerdos.

En multitud de noches,
obstinadas en construir
una identidad ancestral.
En silencio.

El ser proyectado
en dimensiones
que desafían relojes
y tiempos arbitrarios.

Existo porque puedo transitar
en imaginación constante.
Soñando aquel que fui
en repetidos ciclos.
Renovado.

Sigo siendo,
en ayeres infinitos,
el hoy total.

YO AMÉ LA LUZ

Yo amé la luz,
cuando los soles germinaron,
anunciando otros resplandores,
en súbitos espasmos de vida,
en raíces nuevas.

Yo amé la luz,
cuando entregaba ofrendas de colores.
Redenciones nuevas.
Combustiones lentas,
impregnando las cosas y sus esencias.
Yo amé la luz,
que atraía el vuelo de las mariposas.
Amé el alba.

Hoy me mordió la sombra,
me visitó el tótem de la noche.
Y tengo las manos llenas
de cenizas del incendio
de remotos sacrificios.

Yo amé la luz.

DERECHO AL ASOMBRO

Siento cómo la inmensa soledad
de los espacios desiertos
transita lentamente hacia mi frente.

Y siento mis manos
prolongarse en la extensión
de la unidad absoluta.

El horizonte ante mis ojos
antes que mis ansias.

Hay viejos astrolabios,
en los confines de la sangre,
controlando las viejas rutas,
en los sueños expectantes.

Pero hay una inmensa soledad,
de velas y timones fragmentados.

Hay una soledad
que niega órbitas y elipses.
Una soledad de naufragios
y árboles abatidos.

Una soledad de templos sin dioses.
Una soledad de pájaros dormidos.

Erguido en gesto de lid,
quiero oponer a la inmensa soledad
mi existencia.

Los sueños de mi frente.
Las voces de mis manos.
Afirmando el derecho circular,
los rayos de luz afirmando.

El derecho al asombro
de mis ojos.
De mis vértices de angustia
que elaboran cósmicas oraciones.

Hay antiguos diálogos
de estrellas y astrolabios
en los cauces de la sangre.

Hay reminiscencias de otras religiones.
Y de antiguas civilizaciones
de perfiles anulados.



El valor de la poesía de Juan Luís Aguilera permite rastrear las huellas de un pensamiento nómada, el arquetipo del inconsciente de un pueblo que se ha formado como tal en la diáspora, reiniciada en calas discontinuas de la historia, dando lugar a un inmenso repertorio de variaciones y adaptaciones culturales; a través de las cuales la cultura romaní se despliega configurando una compleja estructura de fractales: aparentemente fragmentada e irregular, pero con patrones inconscientes compartidos tanto en las dimensiones estéticas como morales de la existencia.

Un fantástico análisis de este despliegue cultural, a través de la música, lo encontramos en el film *Latcho Drom*, de Tony Gatlif. Creo que el reto del descubrimiento de la cultura romaní pasa

por comprender los patrones constitutivos del imaginario inconsciente de la diáspora gitana, a través del análisis de la palabra, o sea, del acceso a los significados; pues hasta el momento, 'lo gitano' ha sido principal (si no exclusivamente) entendido a partir de la música. El carácter oral del patrimonio cultural romaní ha condicionado obviamente este modo de mostrarse al mundo, a través de micro-relatos cantados, sin llegar a producir una gran narrativa escrita, que haya podido dejar constancia de las rutas milenarias que han llevado a este pueblo desde las orillas del río Indo hasta los territorios de la parte austral de América del Sur.

No es baladí que en los primeros intentos de dar cuenta de sí, a través de la palabra, en los albores del s. XX, el recurso usado por Juan Luís fuese la poesía:

ese género literario que sintetiza el pensamiento en símbolos que traspasan las fronteras de lo real, buscando respuestas en significantes que remiten a lo no pensado, a veces rayando el silencio, usando la imaginación como fuente de conocimiento (y de cuestionamiento) del mundo. Sintomáticamente, el gitano Melquíades, en *Cien Años de Soledad*, portaba consigo en todos sus viajes unos pergaminos escritos por él mismo en verso, en sánscrito (su idioma nativo).

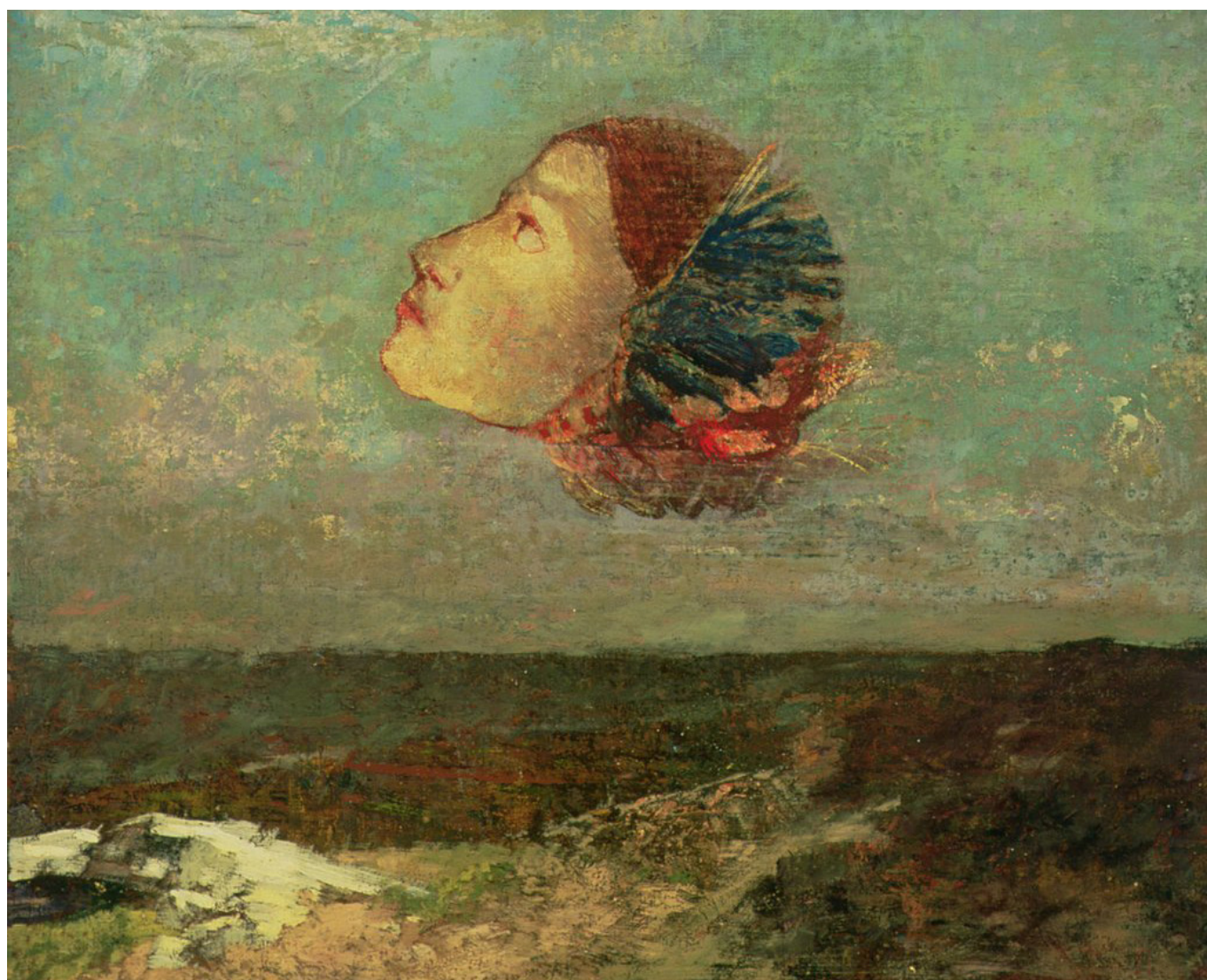
En mis años de estudiante, siempre me pareció fascinante el proceso de transición en el que los pueblos pasan de la oralidad a la escritura, y cómo ese tránsito afecta no solo a su pensamiento y al modo de contar la historia, su propia historia y la historia de las demás; sino más aún, en cómo la escritura

ha afectado el modo de construir civilizaciones, a través de los sistemas de administración, enseñanza y comunicación que regulan la organización de la existencia de los pueblos.

La cultura del pueblo gitano ha sido, y sigue siendo, fundamentalmente oral; y esta oralidad ha marcado su carácter como pueblo. No obstante, la poética romaní se ha ido abriendo camino en el último siglo, y me pregunto si acaso no es ese un modo de hacer y de escribir la propia historia de un pueblo diverso, cuya patria está hecha de todas las patrias del mundo, y cuya memoria (más imaginaria que real) está, paradójicamente, siempre en el porvenir.

Ismael Cortés

Director del Instituto de Cultura Gitana



Homenaje a Goya (1895). Odilon Redon. Óleo sobre cartón montado sobre lienzo.